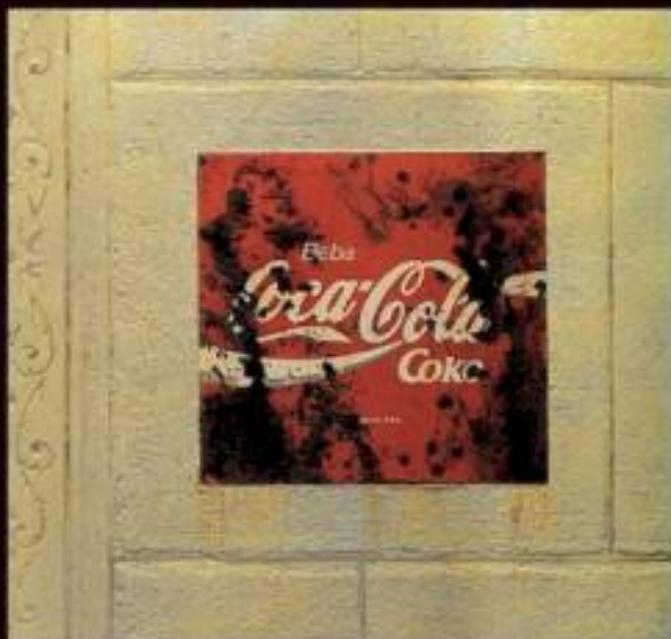


Jordi Gracia



***El intelectual
melancólico***

Un panfleto



ANAGRAMA
Colección Argumentos

Por definición los panfletos no se dedican, e incluso es aconsejable que sean anónimos. Éste incumple los dos requisitos y va dedicado a Isabel, a Laura, a Joan y a Guillem, antídotos de mis melancolías.

No nos consolamos de haber sido engañados por nuestros enemigos y traicionados por los amigos, y en cambio a menudo nos satisface ser engañados y traicionados por nosotros mismos.

LA ROCHEFOUCAULD

When I was young, it seemed that life was so wonderful,
a miracle, oh it was beautiful, magical. (...)
Then they send me away to teach me how to be sensible,
oh logical, responsible, practical.
And they showed me a world where I could be so dependable,
clinical, oh, intellectual, cynical.

SUPERTRAMP

Este cuadernillo ha acabado titulándose *El intelectual melancólico*. Un panfleto porque el editor no aceptaba titularlo *Panfleto contra el prestigio de la melancolía entre los intelectuales afectados por el síndrome del narciso herido*. Al final ha quedado reducido a su asepsia actual porque el mismo editor creyó que era demasiado título para tan poco texto y tenía razón. Es mucho más exacto ahora y no desmiente lo que le pasa al autor: prefiere la sombra de Falstaff, del Doctor Johnson, de la tradición estoica o epicúrea y le subleva la afectación melancólica, teatralmente motivada. Pero sobre todo le revienta la particular deformación intelectual que proyecta sobre la realidad un estado de ánimo de etiología estrictamente privada y llamativamente sencilla: la frustración en el límite de la edad productiva, el desengaño frente a las mutaciones sociales imprevistas, la herida abierta de una vanidad nunca estabilizada.

Las enfermedades morales nos las ganamos a pulso cada uno de nosotros, así que el veneno no está en la afectación individual sino en el crédito público que prestigia la melancolía del intelectual. Muchos de ellos encarnan hoy las múltiples variantes del éxito, pero demasiadas veces escriben desde el resentimiento y son escuchados como príncipes valientes contra el envilecimiento moral y cultural de nuestra sociedad. La melancolía se ha adueñado de ellos porque nada está siendo como debería y, para empezar por lo inmediato, las cifras de ventas de sus libros suelen estar lejos de las escandalosas cantidades que manejan otros: unas veces más jóvenes, otras insolentemente más jóvenes, y por lo general, a sus ojos, semideficientes o puros indigentes intelectuales.

El lector ya sabe, por tanto, que este librito llega de otro melancólico fundamentalmente asustado e incluso proclive a contraer la enfermedad de forma prematura. A veces me parece que este panfleto nace del miedo a la melancolía y de la necesidad de conjurarla, aunque uno esté bien lejos de ostentar autoridad alguna, como no sea en el muy inestable territorio de su parcela académica. Es verdad también, sin embargo, que la melancolía de la que trata este libelo procede de una estirpe diversa de la que Aristóteles asoció con la genialidad o Marsilio Ficino pegó a la creación o Robert Burton rastreó como un sabueso enloquecido en la tradición de Occidente. Mi melancolía protagonista no es la del poeta inspirado o el novelista mayor ni es la resonancia necesaria de un solo de John

Coltrane o de un fotograma de Von Stroheim. Ni siquiera es esa melancolía que necesita la alegría para detectarse tontamente dormida.

La melancolía de mi susceptibilidad es el aire de hastío cansado y de abandono, de derrota y de renuncia que genera la transformación desordenada del presente en intelectuales con muy pocas razones para quejarse y sin argumentos más allá de la irritabilidad que el desorden suscita en sus órdenes fosilizados. Profetizan el apocalipsis que anida en cada nuevo gesto social o público para denunciar la disolución de la alta cultura en la sociedad atolondrada del presente. Mi ira viene de la melancolía que se activa detrás de la ultimísima estadística sobre faltas de ortografía de los escolares, o en las últimas conjeturas sobre la decadencia docente, o en los índices de audiencia de un programa televisivo de chorradas, o en la fortuna editorial de un escritor patoso pero comercial: avisos angustiosos que sólo ellos detectan de una regresión civil y educativa irreversible o, peor aún, definitivamente abocada al submundo de lo humano.

Me he sentado también yo con espanto junto a mis hijos cuando escriben en sus redes sociales, con sus manos maltratan mi hipersensibilidad lingüística y humildemente deduzco mi impotencia para hacer frente al desorden: por qué no acentúan, por qué no puntúan, por qué garabatean el teclado alocadamente, por qué no leen más, por qué no piensan mejor, por qué no hacen lo que deben hacer y como debe hacerse. Pero el asalto dura poco, a veces porque contraargumentan con celeridad y osadía, a veces porque huyo desfavorido de casa, a veces porque los echo literalmente a empujones de mi mesa de trabajo. Entonces me siento yo y escribo atacado de los nervios, tras repasar a mis clásicos, tras leer el último artículo de fondo en *El País* –de Ferlosio, si es posible– o el último ensayo, grueso, maduro y excelso de Anagrama o Taurus, o busco la agenda cultural de la Caixa y compro compulsivamente entradas para los conciertos de las tres temporadas siguientes. Cuando se acaba el ataque del miedo y agonizo en el teclado, levanto los ojos y una rara claridad regresa.

Entonces entiendo que quizá haya algo de deformación óptica o de visceralidad incontrolada, y sospecho que no siempre seré capaz de detener el ataque, como quizá le sucede al intelectual melancólico de nuestro tiempo. Entonces entiendo que su perspectiva está dañada por numerosos factores pero quizá uno de ellos es la proximidad biológica al límite de su tiempo de fecundidad: apresuradamente, muy cerca de la campana, levanta los puños en un último es-

fuerzo para clamar exaltado que el desacato a los Grandes Nombres se pagará muy caro en un futuro que ya es lúgubre presente. Heredan del cristianismo la propensión mesiánica y el redentorismo retórico: hablan como enviados de los dioses para salvarnos de la insalubridad de un tiempo domado por valores disminuidos, e incurrir en algo todavía peor, que es lo que los hace verdaderamente dañinos: su apocalipsis doméstico ciega las vías de remedio práctico y racional para las taras que las novedades, como las tradiciones, comportan. En lugar de cooperar, se apartan casi siempre envueltos en un aura de melancolía que nos deja el muerto entre los trenos.

Una mirada menos apasionada tiende sin embargo a ver cosas más sencillas: pese al crédito de sus figuras y a una fortuna social muy alta –a menudo inflacionaria–, el semáforo para el retiro intelectual empieza a parpadear en ámbar. A algunos el parpadeo del semáforo los deja como estaban: fecundamente ocupados. A otros, en cambio, les espanta ya con un verde definitivo y funerario, aunque estén lejos de la edad propecta. Escriben y piensan como quienes sienten el olor de la muerte social y reclaman –con la dignidad que conjeturan en los viejos maestros– el lugar de la sabiduría y la rectificación del rumbo presente. Antes de cruzar la calle definitivamente quieren dejar señalada, para lección de los jóvenes insulsos, el desdén que les merece su desatención, su falta de gusto, su mala educación y su pobreza de espíritu incapaz de hacerles caso, o de hacerles más caso del que les hacen, en lugar de perder el tiempo con las naderías masivas y publicitadas sin tasa por los periódicos (en los que por supuesto escriben también los melancólicos en ventajosa competencia con los nuevos).

La melancolía no es un estadio fijo ni se alcanza (necesariamente) en el último paso de una vida fecunda; de hecho, es sobre todo un estado de ánimo que predice el desfondamiento de las esperanzas de hacer de la sociedad –o de todo Occidente– el bosque rico de imaginación, fuerza creadora y atadura a la tradición que ha sido siempre y ya no va a ser más. El descrédito de la cultura humanística o la disolución del saber clásico en manos de muchachos descerebrados y profesores comidos por enfermedades crónicas del espíritu es sólo el icono visible de una devastación moral encubierta... Pero que sea un estado de ánimo y de casta intelectual –por cierto, en su mayoría profesores de universidad– no significa que todos hayan complicado su entrada en la madurez embarrancando en la melancolía depresiva y desdeñosa.

El lector que aún no haya sido abducido por la evidencia del final de los tiempos del humanismo no será capaz de recordar apocalip-

sis retórico alguno –como no sea irónico y autoparódico– ni en Jorge Luis Borges, Alfonso Reyes o María Zambrano, ni en Alejandro Rossi, Juan Benet o Rafael Sánchez Ferlosio, ni en Carmen Martín Gaité, Carlos Monsiváis o Gabriel Zaid, ni en Vargas Llosa, Jorge Semprún o Fernando Savater, por mucho que hayan tenido todas buenas razones para alimentar una melancolía hecha de ausencias e infinitos tiempos muertos ya. Casi todos perdieron amigos en el camino del alcohol, de la enfermedad, del suicidio o incluso de la melancolía. Pero no se prestaron a incrementar con su propio prestigio el prestigio social de la queja por la equivocación de los nuevos tiempos. Combatieron cada uno por su cuenta la neurosis del narciso herido con su trabajo y con algo más: con las armas de la ecuanimidad y la prudencia, de la ironía y la conciencia nihilista. Las primeras son virtudes del hombre honrado desde la *Ética a Nicómaco*, puestos a no perder de vista a los clásicos, y las segundas son las hogueras de la lucidez modernista en medio de la selva.

Ninguno de ellos suscribiría este panfleto. Pero es lo que me gustaría imaginar que dirían privadamente, en un arrebatado de locuacidad desatada y casi irresponsable, o un punto ético. Por eso es un panfleto escrito desde la confortable posición de otro funcionario universitario que ve con melancolía tonificante la proliferación de desmayos artificiales y sensibles depresiones. El autor es hijo inconfundible de la vulgaridad contemporánea, alérgico militante a las relamidas y egoístas razones cultas y criado en la montaña pelada del Carmelo en Barcelona, como las criaturas de ficción de Juan Marsé, que es, por cierto, otro al que tampoco habrán oído quejarse contra el desorden de los tiempos modernos.

EL MELANCÓLICO MODERNO EN CASA

Lo imagina uno en estado contemplativo, a medio camino entre Anthony Hopkins en *Lo que queda del día* y Jovellanos retratado por Goya con la mejilla sobre la mano: la melancolía es un timbre del aire o un cristal turbio de vaho. La imperfección se ha adueñado de la vida como la luz muerta va quedándose atrapada en el interior de domicilios imperceptiblemente envejecidos, sin los cortinajes espesos y oscuros de hace cien años pero con un mismo efecto taciturno. Los lomos de los libros –encuadernados en piel y detalles dorados, como ya nadie hace– retienen la oscuridad porque la luz no rebota en ellos: ni siquiera bajo el resplandor del mediodía entra la claridad en despachos nimbados por las notas de un Schubert enfermo o un Béla Bartók crepuscular.

Se siente protagonista de un final prematuro, como si la sorpresa de la edad hubiese entrado en casa para desarmarlo y descoyuntarlo sin fuerzas para rebelarse. Se le pone la mirada vidriosa y patética de Aschenbach encarnado en Dirck Bogarde cuando sigue con la vista en la línea del mar los movimientos pueriles y huecos del Tazio asexuado de *Muerte en Venecia*. Venecia o París, o Viena o Berlín son una secreta memoria fabulada porque en ella leyeron el artificio de la melancolía cuando todavía no eran melancólicos, cuando disfrutaban la melancolía como fábrica ajena y no como mortificación biográfica. Las notas del *Mesías* de Haendel o la densidad exaltante de Bach han dejado de ser ensalmos vivos porque ya son sólo el formidable testimonio de la impotencia: suenan como testigos de una intensidad perdida o tan amortiguada ya que parece el acompañamiento de fondo del desamparo.

Los imagina uno ceremoniosamente ausentes de las ceremonias del presente porque se han convertido en agresivas expresiones de su desplazamiento de un tiempo vulgar. Se saben ineptos para traducir los nuevos códigos culturales urbanos y literarios, y los deploran por nuevos y por incomprensibles, como si les estuviesen retando a muerte. Los muchachos en los paseos y las playas, en los campos de fútbol y en los macroconciertos, en los botellones y las ciudades de Internet los miran un instante nada más, como estorbos visuales sin significado o como piezas heredadas de un museo del aburrimiento y la autodefensa. Pasean desesperanzados algunas tardes –en días laborables, mientras la población se afana en sus cosas– por las librerías de calidad de sus ciudades y no ven nada porque nada hay que hable para ellos. No hay ya libros que regulen el tráfico de las ideas ni nadie circula por las autopistas que fueron su-

yas: han cambiado las señalizaciones, han abierto variantes nuevas y el paisaje se ha transformado irremediabilmente poblándose de arquitectura espuria, horteramente vistosa y tontamente neobarroca (que es el síntoma definitivo de la claudicación del buen gusto).

Sus libros sólo los encuentran en los anaqueles más altos o más bajos, y casi nunca están todos, a veces ni siquiera la mitad, a menudo nada más que uno o dos, amargamente marcados por pegatinas sucias con el precio impreso todavía en pesetas, como si hiciese más de cien años que nadie ha ido a por ellos, a pelearse con ellos y a despertar en alguien algo distinto al respeto un tanto impávido y bobo por la autoridad antigua, remota, insignificante. La autoridad será, seguramente, lo que ha dejado de existir en las cabezas de chorlitos de estos jóvenes desventurados e incapaces de discriminar las voces relevantes, tan atosigados como están todos con los nuevos chismes y la locuacidad ingobernable de la red.

De la bruma de la melancolía es posible extraer buenas razones, sin embargo. Porque las hay, por ejemplo, para lamentar el lugar social de la alta cultura o para criticar decisiones políticas concretas, como el ordenamiento académico reciente de las humanidades. La Europa contemporánea es probable que haya equivocado la naturaleza específica del saber de letras –historia, filosofía, literatura al pretender unificar ese saber bajo los mismos criterios de mercado, evaluación y docencia que las disciplinas técnicas y científicas. Es muy probable que ahí haya un error de interpretación del modo en que las humanidades calan en una sociedad y el modo en que deben ser protegidas como estudios sin rentabilidad tangible pero cruciales para construir sociedades más lúcidas.

Pero no parece una miopía difícil de subsanar bajo miradas más verdaderamente analíticas, como no ha sido extraño que suceda en la sociedad actual por parte de numerosos intelectuales menos dados al catastrofismo. Reconocer que el saber humanístico es un sustrato invisible pero fundacional del modo de ser occidental no constituye un reto intelectual inalcanzable. Algunas de las normativas de enseñanza, algunos de los comportamientos sociales, algunas de las músicas de la sociedad contemporánea pueden conducir a una meditación pesimista sobre el destino de la cultura occidental. La banalización general de todo es una notable hipérbole, pero algo de verdad hay entre tantos sectores sociales y mediáticos; la trivialización de la alta cultura en pastillas intelectualmente digestivas (o muy indigestas) no es un fenómeno raro, ni la sensación de pérdida de peso de la alta cultura es puramente caprichosa o maniática.

Hay razones para andar preocupado por lo que pasa, por dónde

pasa, por cómo pasa y por los efectos futuros de lo que pasa. Si me viesen abatido al final de esta o aquella clase, donde uno sospecha haber hablado en un interminable aunque agitado soliloquio, o si me viesen sentado en el tren con los ojos vidriosos y el periódico dormido en las piernas, adivinarían que lloriqueo por dentro por la falta de sindéresis de este colega o aquella profesora, de este libro presuntamente crucial o aquel artículo universitario deficientemente escrito y perfectamente prescindible. Incluso compadezco la tala de árboles que habrá costado imprimirlo y me aflige la devastación química que atenta contra el planeta mientras derrochamos entre todos papel y tinta. Pero me despierto de golpe de la ensoñación y de golpe también me parece razonable preguntar si las sensaciones más amargas que engendra la actualidad no están siendo sobreloradas por parte del intelectual melancólico, como si hubiese casi una razón personal para reaccionar contra los fetiches, las modas, los usos y hasta las elecciones del presente, más que el resultado de un análisis equilibrado de cuanto pasa, no sólo de lo que parece que pasa.

Y es que la misma memoria de las autoridades clásicas, increíblemente, parece haber ido apagándose en los melancólicos modernos, como si hubiesen leído a Cicerón y a Horacio, a Tucídides y a Heródoto sin la debida atención. O quizá más atentos a manejarse con los latines (que ningún joven conoce ya, por supuesto) que con el sentido de lo que leían en las *Vidas paralelas* de Plutarco o en la *Eneida* de Virgilio. Han ido borrándose las lecturas antiguas como si por ellos mismos hubiese pasado también la devastación que detectan fuera. Parecen las primeras víctimas del cambio de los tiempos, porque no es fácil explicar el clima depresivo de sus moradas vitales con esas lecturas frescas en la memoria. Deploran el retrato de Marco Aurelio en películas infectas de Hollywood protagonizadas por auténticos bárbaros como Russell Crowe o Brad Pitt y su Aquiles casi *queer* –trivializadores de la siempre solemne Antigüedad–. Y sin embargo han dejado de saber leer lo que decían aquellos textos que su reverenciado humanismo rescató para nosotros, aunque el texto griego de las meditaciones de Marco Aurelio lo editara en español un ilustrado a finales del siglo XVIII.

El melancólico contemporáneo ocupa más tiempo en combatir la oquedad del presente que en defenderse de su dolencia sentimental, y en lugar de retomar ese clásico leído hace treinta años prefiere actuar como el guardián de esencias que ha olvidado o, peor aún, que la memoria ha ido tergiversando y convirtiendo en un texto tan

simplificado y liofilizado que está muerto o se parece demasiado a la dieta blanda de enfermo.

Ya no sabe ni recuerda que leyó como un animal en celo aquellas páginas que por fin le revelaban una sabiduría ignorada y que entonces parecía imborrable. Ya no recuerda que leyó en Montaigne (II, 13) ponderaciones muy sensatas sobre los engatusamientos de la proximidad de la muerte basados en que «nos damos demasiada importancia. No parece sino que el universo de las cosas sufra de algún modo por nuestra desaparición y se compadezca de nuestro estado (...). ¿Quién vio nunca una vejez que no alabase el tiempo pasado y no anatematizase el presente, achacando al mundo y las costumbres de los hombres su miseria y su desdicha?» Y cuando era joven debió de sonreírse piadosamente junto a Montaigne porque «más lo pensamos cuanto mayor es el aprecio que nos tenemos. ¿Cómo? ¿Íbase a perder tanta ciencia y con tanto perjuicio, sin particular consideración de los destinos de los hombres? ¿Acaso no iba a costar más matar a un alma tan rara y ejemplar que a un alma vulgar e inútil?».

Pero se ha borrado: se ha borrado el aviso sobre la caducidad y sobre la fugacidad del tiempo, se ha borrado la sosa prevención contra la *hybris* y se ha borrado el aviso sobre la contingencia de los bienes, se ha borrado el saber sobre la rutinaria percepción catastrofista que todo presente tuvo de su propio tiempo, se ha borrado la humildad de admirar en los nuevos la calidad que secretamente envidian, se ha borrado la percepción de la mudanza como ley y sistema complejo, lleno de nódulos y encrucijadas que se compensan mutuamente y que sin cesar han ido haciendo un poco más habitable el universo occidental desde los últimos quinientos años con la electricidad y la penicilina, con la universalización de la educación, el código penal y el Tribunal Internacional de La Haya.

Pero cómo puede habérseles borrado la lucidez de los clásicos si los sacan a pasear cada vez que pueden, en sus artículos, en sus libros, en sus diatribas contra la decadencia del presente y la inopia masiva de las gentes. No es una pregunta; es una exclamación estupefacta ante la autocompasión de intelectuales que vivieron la ilusa ilusión de una fiesta perpetua que ningún clásico les había prometido.

Porque en los clásicos nadie leyó jamás argumentos para remarcar una decadencia fatal del presente sino para comprender la mecánica del mundo y los enjuagues engañosos que el hombre culto tiende a hacer entre ganancias y pérdidas. No aprendieron allí la inoble y vanidosa fe incombustible en uno mismo ni nunca aprendie-

ron en las páginas de Séneca a cultivar el huerto de su excepcionalidad estética o ética, tampoco en Voltaire, sino el lenguaje de la lucidez escarmentada, después de una vida llena de riesgos, fracasos y éxitos, como la de Séneca o como la de Marco Aurelio (o la de Voltaire), que fue prudentemente fiel a la ley de la mutación universal sin lamento porque «perder es sólo cambiar. Y la naturaleza disfruta con el cambio (...). Por eso, ¿por qué siempre dices que todo va mal y que así seguirá? ¿Y por qué dices que ningún dios ha podido remediar las cosas y que el mundo está condenado al agobio de males perpetuos?».

Como nosotros, los leyeron en el instituto, en la universidad, en los veranos inmortales de la adolescencia y la primera juventud. Pero quizá leyeron tan poseídos de los demonios soñadores y con indigestiones románticas de tanto bulto que atendieron poco y mal, como al parecer hacen hoy los jóvenes pasmarotes, que apenas saben de Séneca o de Marco Aurelio (o de Voltaire) gracias a los calendarios de las gasolineras, los anuncios de Internet o las manchas de los periódicos: en cápsulas o comprimidos de sabiduría que sirven para enamorar a la novia o confortar al anciano. ¿Fue así también como leyeron ellos? ¿Cuando reclaman la resurrección de los clásicos hablan de clásicos leídos con tan poco provecho? ¿Qué aprendieron en Shakespeare o en Cervantes para que deploren hoy, como no hicieron ninguno de ellos, el presente degradado en lugar de empalidecer prudentemente, y bien temprano, ante la frágil contingencia humana? ¿Cómo ha llegado a convertirse lo que debía ser sabiduría sobre la condición humana en munición contra la evolución de las cosas y de los nuevos gustos y los nuevos fetiches, que no son nada más que las expresiones actuales de la misma agitación de siempre?

MITO Y MELANCOLÍA

La solemnidad es uno de los disfraces predilectos de la melancolía, porque es ella misma casi tan engañosa como la solemnidad envarada y trascendente. De hecho se intercambian, melancolía y gravedad, complementos y accesorios con una indisimulada satisfacción de club privado. Porque de buena fe tendemos a asociar la melancolía con la tristeza sentimental, el retiro apacible, el paisaje cristalizado de escarcha y quietud.

Pero es sólo para la foto: en la melancolía anida una impaciencia violenta y en ella crece una máquina de rencor contra el atropello del presente que padece el intelectual sensible. Casi cada nuevo li-

bro de éxito y casi cada nuevo autor con público encarnan una agresión programada contra el buen gusto. Esa presión social refuerza la clausura consoladora en la melancolía, menos expuesta que la pelea y más prestigiosa sin duda: la melancolía funciona entonces como blindaje explícito contra las corrientes disolutas del presente y decora al intelectual elevándolo a ser sensible e intolerante ante la estupidez (sin advertir que Flaubert la entronizó como milagro de la inteligencia literaria). Las rutinas culturales del cine, la ópera o la poesía (menos) con impacto mediático valen por un nuevo desobediente que a su vez arrastra a nuevos desobedientes más ignoras aún que llenan el tiempo y el espacio público con ocio espurio, actualidad fungible, sin nada inmarcesible que ofrecer a la eternidad. Y así se aparta temerariamente a la sociedad del justo camino y así se sepultan esas obras que sólo unos pocos años atrás fueron las estrellas de temporadas que no iban a terminar nunca, grabadas perpetuamente en el imaginario simbólico de la sociedad para no desaparecer ya nunca más del horizonte.

La melancolía le pasó factura a Ortega como se la ha pasado a algunos de los mayores escritores contemporáneos, y entre ellos algunos de la categoría de George Steiner. En él se concentran ejemplarmente buena parte de las culpas por esta viciosa toxina de la melancolía de nuestros padres: su autoridad ha legitimado una nostalgia del bien perdido a la que se han sumado muchos otros autoelevados al nivel de Steiner porque *sienten* como él, aunque casi siempre muy lejos de él en coraje, estilo, solvencia y perspicacia. Steiner incurrió incluso en la autobiografía, que es casi el género predilecto para que el intelectual explote sin tasa, y a veces hasta límites delatores, la expresión sincera de su desdén resentido por el curso del presente. El culto a la nostalgia acabará siendo una de las secuelas envenenadas de la proliferación de memorialistas en España y en Europa, y entre ellos los más abundantes son precisamente quienes relatan en sentido descendente la biografía colectiva del mundo, aunque en paralelo el trayecto de la suya es ascendente, por supuesto. Pero para nada: sólo para quedar en soledad ante las ruinas culturales de hoy, y allí, en el punto más alto del riesgo, se alzan impávidos y todavía intoxicados por el cuadro más patógeno que ha dado Occidente: *El caminante sobre el mar de nubes*, de Caspar David Friedrich, aunque esté a punto de cumplir doscientos años (los cumplirá en 2018).

Los demás no han tenido la inteligencia de armar una explicación abstracta, de matriz religiosa, para identificar el origen del mal, y se han limitado a repetir, sumando un desdén que no está en Steiner,

la cantinela perversa de la ausencia del sentido. Lo que en Steiner fue, sobre todo en su último gran libro, *Presencias reales*, la confesión por fin religiosa de su resistencia al presente, en los demás es rutinaria repetición de una devaluación que apenas va más allá de ser la proyección universal de una decepción individual, biográfica: la biografía de un desengaño.

Y, sin embargo, la grandeza de la inteligencia de Steiner se mide por su capacidad de detener el expolio anímico del tiempo y bajar la cabeza con la humildad que falta a la mayoría de intelectuales virtuosos. También lo han leído, supongo, pero también se les ha olvidado: «además, pese a tener las antenas cada vez más alerta al cambio del “espíritu de los tiempos” –escribe en *Errata*, su autobiografía de 1997–, no fui capaz de captar hasta bastante tarde ciertas transformaciones esenciales. (...) Educado en una reverencia hipertrófica hacia los clásicos, en una especie de veneración hacia los “gigantes” del pensamiento, de la música, de la literatura y de las artes, tan característica del judaísmo centroeuropeo emancipado, me sentí comprometido con lo canónico, con lo confirmado y lo “inmortal” (¡jesos *immortels* momificados en la Academia francesa!). Tardé demasiado en comprender que lo efímero, lo fragmentario, lo burlesco, la ironía de uno mismo son las claves de la modernidad».

Y en buena lógica el mismo Steiner diagnostica como mal primordial del presente la ausencia de sentido trascendente, como si de la secularización del arte y la cultura hubiese de derivarse la consecuencia de que Aristóteles o Kant fueron inteligencias sólo en fase embrionaria, a la espera de una plenitud humana que sólo ha llegado precisamente ahora, cuando el agnosticismo o el ateísmo franco no son experiencias perseguidas ni enteramente minoritarias, al menos en Occidente. Por eso se burla de Trotski cuando señalaba que todos ellos estaban ahí, incluido Goethe, para ser superados... Pero Steiner tiene el valor de combatir esa argumentación desde una lógica implacable y netamente religiosa: el absoluto o la divinidad han dejado de estar en la matriz de la creación moderna. Y para el educado en lo sagrado como *presencia real*, e incapaz de desatarse de esa educación, evidentemente la obra de arte actual está devaluada, aguada, desnutrida por falta de sustancia divina.

La respuesta de Steiner es valiente y argumentada como pocas, aunque sólo pueda ser religiosa y tan indesmostrable como la contraria. Su esfuerzo consiste en restituir a la literatura su semilla teológica y racionalizar la intuición formativa de toda su biografía: el arte y la literatura de primer nivel son expresión de la trascendencia, y a su juicio no pueden dejar de serlo si quieren seguir al nivel de los

clásicos. El postulado consecuente es el rebajamiento del arte contemporáneo, porque no acepta que del materialismo empírico o la ausencia de fe pueda surgir una obra equiparable a la de Bach o de Goethe, aunque sí de Shakespeare. Le falta a la creación moderna su razón de ser fundamental, que es lo divino, aunque Shakespeare se prestaría a todo tipo de conjeturas sobre la precocidad radical de una conciencia moderna (como en gran medida sucede, por cierto, con Cervantes).

Pero el intelectual moderno lo es de veras y sabe muy bien que no hay espacio social para la fe como sustento explícito o visible de la creación literaria, como mínimo desde el mismo Romanticismo. Quizá por eso también en el artista melancólico late difusa, impronunciada, una tentación de religamiento con lo esotérico y lo metafísico que tiene un origen ético no del todo inocente: el flirteo con lo trascendente, las alusiones con resonancias nunca muy explícitas a los dioses o a los poderes o los elanes o las fuerzas secretas es un disfraz elegante de una nostalgia de la trascendencia que, en España al menos, no osa mencionar su estirpe católica.

La etapa mítica de nuestros intelectuales melancólicos pasó por la prueba de fuego de separarse, a veces traumáticamente y a veces nada más que superficialmente, de las leyes familiares y espirituales en que crecieron y de las que aspiraron a desengancharse. Pasada ya la furia iconoclasta y probada la degradada evolución de todo, reaparece la fe difusa y nebulosa en alguna superstición más o menos sofisticada como refugio de la incertidumbre, de la soledad, del desconsuelo, de la mortificante incomprensión que el mundo expresa con su indiferencia o su pasividad. Es en el fondo una espiritualidad cobarde y escondida, sin la fuerza de convicción y la honestidad que ha expresado Steiner. Y es eso lo que hace de él –tanto si se comparte como si no su nostalgia de absoluto– una figura admirable del último medio siglo. Pero no más por supuesto que ateos recalcitrantes como Edward Said.

MELANCOLÍA Y DESENGAÑO: EL ÓXIDO ROMÁNTICO

Casi siempre el melancólico de hoy fue el progresista ilustrado y burgués de la Europa del sesentayocho. Fue un joven iconoclasta y hoy es un adulto resentido por el fracaso de su utopía menor pero sobre todo porque el cambio social ha tomado una dirección para la que no tiene mapa ni brújula. La inmersión neorromántica en la juventud –1968– ha sido en muchos de ellos y a la larga necesariamente depresiva o desmotivadora. El tiempo transcurría, los libros